

**DISCURSO DE LA RAZA  
PRONUNCIADO EN LA  
BASILICA PRIMADA  
DE BOGOTA**

---

**P**ara abrir estas páginas ofrecemos este interesante discurso pronunciado en el ya lejano 12 de Octubre de 1922 por el entonces Arzobispo de Medellín, Manuel José Cayzedo, en el Te Deum que con tal ocasión se celebró en la Catedral de Bogotá.

Las tres naves de Colón. Su idealismo. En la Rábida. Obra civilizadora de España en América.

¡Salva nos. Christe Redemptor!

Excmo. Sr. Presidente de la República.

Ilustrísimos y Excelentísimos señores:

Tres carabelas navegaban en mares desconocidos con rumbo constante al occidente, al caer la tarde del 11 de octubre de 1492, en busca de tierras soñadas por el que comandaba la atrevida expedición.

Los marineros cantaron, según costumbre, la salve a la Virgen María, y apagado el eco del ruego filial a la que es Estrella de los navegantes -amica stella naufragis- subió Colón al castillo de popa de su nave, donde encubierto por la sombra de la noche, observaba tenaz el horizonte.

A eso de las diez creyó ver una luz lejana y movediza que tuvo por señal de tierra, y tierra habitada; empero, temiendo un engaño, hijo del deseo, llamó a dos de sus compañeros, que la vieron igualmente.

A las dos de la mañana, un cañonazo de La Pinta, dio la anhelada señal de tierra, y recogiendo velas esperaron la aurora.

¡Cuáles serían los pensamientos de Colón durante aquellas horas! revelado el misterio del océano; confirmadas sus teorías; su nombre cubierto de gloria hasta el fin de los tiempos.

Apenas amaneció el 12 de octubre, echadas las anclas y armados los botes, donde se izaba la cruz, entró en el suyo Colón, ricamente vestido de escarlata y con el estandarte real en la mano. No bien saltó a tierra, cayó de rodillas, la besó dando gracias a Dios con ferviente gratitud, y empuñando la espada, tomó posesión de la isla en nombre de los monarcas de Castilla y dióle por nombre San Salvador, en testimonio de su fe.

Ese hecho es el que hoy conmemoramos, y si es cierto que España perdió la América, Nuestro Señor Jesucristo la conserva como propiedad suya.

Si prescindís de mi persona, no os será extraño que un obispo ensalce desde el púlpito las glorias de su raza y conmemore los triunfos de la Iglesia, pues ésta, que preparó y ayudó a realizar la empresa de Colón, utilizó para bien de las almas el descubrimiento de un nuevo mundo.

No extrañéis que mi voz tiemble; no estoy acostumbrado a auditorios tan brillantes; además, no son mis armas las frases ardientes de la elocuencia humana sino las sencillas del Evangelio.

Ganar innumerables naciones para Cristo fue el principal propósito que guió a Colón en la empresa de abrir comunicación con regiones ignoradas para que resplandeciera en ellas la luz de la revelación y, con los tesoros que había de proporcionar la conquista, rescatar el Santo Sepulcro de Jerusalén: proyecto meditado en toda su vida y recordado en su testamento. Con razón exclamó León XIII en solemne documento: **Columbus noster est.**

Al paso que los seglares más inteligentes de aquella época tomaban poco interés en discusiones extrañas a sus ocupaciones, y aun los mismos que aprobaban la empresa del marino genovés, la consideraban irrealizable, aunque llena de seductoras promesas, sólo dos frailes fueron protectores decididos de Colón.

El día en que llegó a pie al convento de la Rábida, trabó casualmente conversación con el guardián Fr. Juan Pérez, quien quedó sorprendido por la grandeza de las miras del viajero y lo detuvo como huésped suyo.

Tuvieron entonces en el convento largas discusiones, tratándose el proyecto de Colón en aquellos silenciosos claustros con la atención que en vano había buscado en el ruido de las cortes. Persuadióse el fraile de la conveniencia de que se realizase la empresa y ofreció al viajero recomendación valiosa por medio del confesor de la reina, pues la influencia de la Iglesia era ante todas en la corte de Castilla.

El otro fraile a quien convencieron los razonamientos e inflamó la elocuencia de Colón, fue el dominicano Diego de Deza, que tomó generoso interés por la causa del marino, sosegó el ánimo de sus compañeros del Consejo de Salamanca y pudo conseguirle al menos tranquila audiencia.

Con tal apoyo pudo realizar sus deseos, y cuando más tarde se veía rodeado de poderosos cortesanos que decían haberlo favorecido, Colón recordando su pasado, señalaba aquellos frailes como sus amigos más desinteresados, más útiles y mejores.

La víspera de emprender la expedición gloriosa, poseído Colón de la solemnidad de la hora, se confesó con Fray Juan Pérez y recibió la sagrada comunión; ejemplo que suguieron los oficiales y la tripulación, encomendándose al especial amparo de los cielos.

Así favoreció la Iglesia por medio de sus ministros y de la fe de sus hijos el descubrimiento de América, y así quiso la Divina Providencia premiar a España por su defensa de la fe en siete siglos de guerra con los moros, haciendo que el nuevo mundo recibiera de ella la religión verdadera y la majestuosa lengua castellana.

La Iglesia supo también hacer útil el descubrimiento para los pobladores de América, conservando y civilizando la raza nativa.

Las naciones protestantes al colonizar destruyen los aborígenes, como ha sucedido en algunas regiones del norte de la América, o si los conservan, como en la India, no logran implantar en ellos la cultura europea.

España, en manos de la Iglesia, procedió al contrario: no destruyó las razas conquistadas; al lado de los indígenas trajo familias enteras que dieron a estos países nombres que les recordasen en su patria adoptiva, la otra patria, la de allende los mares, a la cual no pensaban volver, y para mejor establecerse acá, trajeron el ganado, los caballos, aves domésticas, preciosos cereales, y lo que vale infinitamente más, su hidalguía, sanas costumbres y su ardiente religiosidad.

Los resguardos de los indígenas, sabia resolución del problema agrario, deja ver que la católica España sí se preocupaba por la conservación y bienestar de los primeros pobladores. En el sur de Colombia, donde existe aún la paternal institución, los indígenas se conservan en numerosas parcialidades con cierta independencia, consideran sus chozas y el terreno que las rodea como el dulce hogar de los suyos, al paso que en otros lugares donde los resguardos fueron inconsultamente abolidos, la raza indígena, empobrecida y poco menos que esclavizada, va extinguiéndose a ojos vistas.

Las leyes de Indias son otra prueba del interés de los monarcas españoles por la recta administración de estas colonias, y aunque no todos los gobernantes correspondieron a sus designios, la mayor parte de ellos sí trabajaron por el bienestar y adelanto de estos pueblos.

Fundaron los colonos españoles parroquias y ciudades, construyeron templos y edificios, puentes y caminos; trajeron imprentas, establecieron bibliotecas, escuelas y colegios en los cuales se formaron durante el gobierno colonial los católicos próceres que lucharon por la independencia de las naciones americanas. Si hubieran sido incrédulos o utilitaristas, jamás hubieran sacrificado su propio bienestar en aras de la patria.

Hoy mismo, religiosos que no han nacido entre nosotros, pero colombianos por los hechos, están haciendo en las insalubres fronteras de la República lo que hicieron los antiguos misioneros: conservar y civilizar los indígenas, aumentando así los hijos de la Iglesia y los ciudadanos de Colombia.

Sitiaban los bándalos con bárbaro asedio la ciudad de Hipona donde agonizaba su Obispo San Agustín. Padre mío, decíale angustiado uno de sus diáconos, ¿cómo nos abandonas ahora que el mundo se acaba? - No se acaba, hijo mío, respondió el santo, principia otro.

Al contemplar el espectáculo que presenta en Europa el fracaso de la civilización sin Dios, se pregunta uno: ¿Principia otro mundo? ¿Cuál será el porvenir de América? Lo ignoro; sólo se que nuestros países debe unirse estrechamente entre sí y con España, que Dios cumplirá con las naciones respetuosas de la Madre Patria, la promesa de larga vida hecha al que honra a sus padres; pero es aún más necesario que permanezcan fieles a la Iglesia, a quien tanto deben; a la Iglesia, único poder amparador del débil.

El espectáculo halagador que presentó la isla de San Salvador a los descubridores, lo presenta hoy nuestra América, con peligro grande para nuestra raza, a naciones poderosas y a las devastadas por la guerra.

¿Será esta fascinación de personas ya encanecidas por los años? No; la vista cansada del anciano ve lontananzas más lejanas que los ojos incautos de la juventud..

¡Salva nos Christe Redemptor!